

## *Resistencias abismales*

**Raúl Adrián Huerta Rodríguez**

Estudiante de Maestría en Filosofía

Universidad Iberoamericana

México

### **Resumen:**

Se pretende situar en la posmodernidad a las subjetividades políticas que aquí se denominan resistencias, las cuales surgen a partir de la introducción de la guerra irregular en la lógica global y son visiblemente identificables desde la guerra de Vietnam. La irrupción de esta modalidad de guerra supone transformaciones sociales, políticas, económicas y espaciales que configurarían los distintos frentes de las resistencias manifiestas desde las Revoluciones Culturales en la década de los sesentas y setentas del siglo anterior. Asimismo, el exponencial desarrollo tecnológico y una ideología fundamentalmente democrática han impulsado la situación de tensión bélica que reverbera hasta el día de hoy. De esta situación de hostilidad, se proponen tres tipos de resistencias: cíclicas, intersticiales y abismales. Las dos primeras se retoman y deconstruyen desde la propuesta de Lazo (2010); la tercera, y que da nombre a este escrito, es la tesis que se quiere sostener aquí: las resistencias abismales, como aquellas que declaran la guerra contra la guerra, contra el biopoder leviatánico, contra las prácticas de despojo y explotación desmedidas, contra las políticas bélicas por intereses económicos... En pocas palabras, aquellas resistencias que miran hacia el abismo y sólo se les abren dos opciones: resistir o ser aniquilados.

### **Palabras clave:**

abismo, guerra irregular, resistencias, biopoder, posmodernidad.

*“Nuestro destino no es la felicidad,  
sino luchar siempre a todas horas,  
en todo momento, en todos los lugares.”*  
Subcomandante Galeano, EZLN.

Uno de los grandes paradigmas bélicos tras el desbanque europeo de la política global después de 1945, y que supondría un momento de crisis para el gran proyecto global del naciente imperio occidental estadounidense, sería la guerra de Vietnam. Hardt & Negri consideran que esta guerra fue “una desviación del proyecto constitucional de los Estados Unidos y de su tendencia al imperio” (2002, p. 243), aunque también, por otra parte, fue “una expresión del deseo de libertad de los vietnamitas, una expresión de la subjetividad campesina y proletaria: un ejemplo fundamental de resistencia tanto a las formas finales del imperialismo como el régimen disciplinario internacional” (p. 243). Por su parte, Muchnik y Garvie (2006) consideran que esta guerra causó un enorme rechazo a la política imperialista de EE.UU. dentro y fuera del país, lo cual se manifestó a través de los movimientos ocurridos en la década de los sesentas y setentas del siglo anterior, y que se oponían a la guerra, a sus prácticas, a su ordenamiento y a su régimen disciplinario. Consecuencias de ello serían la unificación simbólica de todas aquellas luchas libradas principalmente —aunque no únicamente— en la periferia y que hasta entonces habían permanecido distantes y lejanas, pero que en ese momento se reconocían entre ellas por tener un enemigo común (Hardt & Negri, 2002). Ya fuese desde las trincheras de la selva vietnamita, latinoamericana o africana, en combate directo contra las fuerzas militares hegemónicas, o desde los ámbitos laborales, jurídicos, ambientales, sexuales, raciales, ideológicos, etc., el gran enemigo en común es el poder leviatánico (Onfray, 2011), aquel que desde su propia capacidad de dislocación (Critchley, 2010) ejerce su poderío como biopoder, es decir, como producción y reproducción de la vida, control y dominio total del mundo (Hardt & Negri, 2002), sostenido en una complejidad institucional anónima que ya no responde a la lógica clásica de la política moderna erigida sobre lo estatal, pues los embates de los fenómenos globales han desmoronado progresivamente las distinciones claras (Schmitt, 2009) y las fronteras que definían específicamente lo político de lo económico, lo social, lo religioso, lo cultural...

Vietnam fue también el campo de experimentación para las nuevas formas bélicas que se irían configurando y perfeccionando hasta el siglo XXI, no sólo por el desarrollo tecnológico de la industria armamentista, sino porque transformó la forma de hacer la guerra, tanto por parte de los poderes impe-

riales como por los sujetos que se les resistían, que, cabe mencionar, eran patrocinados por la otra potencia imperial. Tras las funestas derrotas de los ejércitos francés y el estadounidense en Vietnam, militares del bloque imperial occidental se dieron a la tarea de analizar cuáles habían sido las causas de tal fracaso, lo cual trajo como consecuencia el desarrollo teórico y estratégico de una nueva modalidad bélica: la guerra irregular, la cual rompía con las formas clásicas de confrontación armada, ya que no se enfrentaban ejércitos contra ejércitos, sino ejércitos contra células guerrilleras, contra guerrillas camufladas en la sociedad civil, que las escondía y las apoyaba. A partir de la introducción de la guerra irregular sucederían grandes cambios políticos, sociales, militares, económicos y espaciales (Castillo y Salazar, 2003).

Dentro del plexo de transformaciones dados en las últimas sesenta décadas, una de gran relevancia fue que el ámbito urbano iría ganando terreno como espacio de confrontación y hostilidad, por lo que, de igual manera, lo urbano acaecería como el espacio de organizaciones de resistencia ante los embates de las políticas bélicas imperiales, lo cual es comprensible si se considera el impulso que se dio a la remodelación y modernización de las grandes ciudades, así como la urbanización de lo rural tras la posguerra. Por este motivo, las guerrillas se fueron alejando progresivamente del ámbito rural, adaptándose y mutando en las megalópolis contemporáneas, insertándose en la boca del lobo hasta consolidarse en lo que se conoce como las guerrillas urbanas (Hardt & Negri, 2004). Del mismo modo, los despliegues de inconformidad, de crítica y de protesta civil se caracterizaron por consolidar una reapropiación de los espacios urbanos públicos, que va desde la toma de calles como manifestación de apropiación del espacio común para debatir las cuestiones públicas, protestas y huelgas en fábricas y centros de producción, incluso la ocupación de inmuebles y terrenos tal como ha sucedido con los movimientos okupa. La reapropiación del espacio urbano puede ser considerada, en una primera instancia, como una reacción frente al movimiento de encapsulamiento egosférico que desde esta época comienza a exacerbarse radicalmente por la ideología sistémica, lo cual no debe considerarse sólo como una propensión a primar el espacio privado, sino que también habría que considerar las prácticas que producen individuación, por ejemplo, el uso de drogas tan característico de los movimientos contraculturales —y que fueron sistémicamente implantados en las colectividades para ser utilizadas como campos humanos de experimentación— hasta la existencia en realidades virtuales, iniciando con la televisión hasta llegar a la actual forma de habitar dependiente dispositivos electrónicos de telecomunicación que, sorprendente e iró-

nicamente, han sido la punta de lanza para nuevas formas de organización y movilización social en los últimos años, y que suponen también una forma de aproximación, apropiación y reconstrucción de una forma de comprensión espacial correlacionada esencialmente entre la tecnología y modos de ser concretos en la actualidad.

Los movimientos de resistencia de la segunda mitad del siglo XX han mantenido una tarea en común: resistir los embates de la guerra. La resistencia en la posmodernidad se caracterizaría por ser una “guerra contra la guerra” (Hardt & Negri, 2004)<sup>1</sup>, contra una guerra que es irregular, asimétrica, de baja intensidad, de desgaste y sostenida por una política imperial. Frente a una guerra que se ha posicionado como un estado permanente de ordenamiento global, como política necesaria, como estrategia económica, y en un contexto en el que abunda una desconfianza generalizada hacia los grandes proyectos racionalistas, sus metarrelatos y la representatividad política sostenida en el espectáculo y los simulacros —la cual, habría que decir, ha degenerado en una plutocracia cleptócrata— y donde cada vez se desdibujan más tajantemente las fronteras entre los ámbitos de injerencia humana, la flexibilidad y la diferencia comienzan a ser pilares constitutivos en las nuevas configuraciones políticas y productivas que surgen no en las capas políticas, sino desde la organización civil misma, desde abajo, desde la base social. Así, la resistencia se perfila ya no como movimientos revolucionarios, sino como aquello que Pablo Lazo (2011) ha denominado como una *resistencia permanente*, una resistencia en la que los actores mismos son los que actúan constantemente desde sus propios ámbitos para la organización sociopolítica y la consecución de sus programas y metas. Al respecto, Lazo dice que las consecuencias de la revolución pueden, en efecto, ser las de una jerga contradictoria con sus intenciones de origen, jerga que puede ser partidista y que se proclama «democrática» o que es abiertamente dictatorial, impositiva, pero que en todo caso es provechosa sólo para unos cuantos. Entonces necesariamente se extiende en el tiempo con violencia. Deja de ser creadora, es un desatino como programa. Es la instauración, velada o cínica, de una violencia sistemática y

---

1 Ver: Carl Schmitt (2009, p. 66) quien sostenía que “[...] si la oposición pacifista contra la guerra llegase a ser tan fuerte que pudiese arrastrar a los pacifistas a una guerra contra los no pacifistas, a una «guerra contra la guerra», con ello quedaría demostrada la fuerza política de aquella oposición, porque habría demostrado tener suficiente fuerza como para agrupar a los hombres en amigos y enemigos. Si la voluntad de evitar la guerra se vuelve tan intensa que no retrocede ya ante la misma guerra, es que se ha convertido en un motivo político, esto es, que ha acabado afirmando la guerra e incluso el sentido de la guerra, aunque sólo sea como eventualidad extrema.”

permanente siempre en la forma de una oligarquía real. La tesis que quiero defender consiste en decir que su programa transformador se retoma, vuelve a tomar dirección, sólo si intervienen los agentes revolucionarios directos una y otra vez, esto es, si la revolución espuriamente extendida en el tiempo transita a *resistencia permanente*, a una (re)acción que en su constancia asegura los fines del movimiento social, pero que es lo suficientemente flexible y maleable, inventiva e imaginaria, para redirigir las acciones *una y otra vez*, sin deslizarse hacia una representación falsamente participativa, de hecho oligárquica. Y lo más importante: es una *resistencia permanente* que llevan a cabo los actores mismos de la disidencia, en sus propios campos de legitimidad política. Conecta así la re(acción) de las comunidades culturales mismas, o de los “consejos de ciudadanos” mismos en términos de Arendt, con la resistencia que las revitaliza, que las pone en la escena de la vida política directamente. ¿Qué se entiende por comunidad cultural? La respuesta remite a una reconsideración de la idea hegeliana de la *Sittlich* (comunidad), y de las consecuencias para pensar una *Sittlichkeit* (eticidad) como base de lo que he venido llamando *resistencia permanente*.

Sería una resistencia que se erige como un contrapoder compuesto fundamentalmente por la pluralidad de actores que confluyen en una sociedad civil, pero cuya potencia no puede ser simplificada al mero ámbito del poder del consumo, como sostendría Beck (2004), pues si bien los nuevos actores en los que se detenta el poder son los corporativos transnacionales no sujetos a los límites espaciales tradicionales, sin embargo, la vida, las guerras y las luchas no pueden pensarse fuera de su situación espacial específica. El hecho de que cada vez más personajes sociales confluyan en la guerra de resistencia se debe en gran medida a las nuevas doctrinas militares que se han adoptado desde las últimas décadas del siglo anterior y que fueron manifiestamente intensificadas tras los ataques del 9/11. Esta nueva doctrina militar apelaría al derecho de autodefensa para justificar intervenciones militares y un permanente estado de excepción en el ordenamiento jurídico-político.

Hardt & Negri (2004) consideran que las resistencias poseen tres principios rectores que guían su actuar: 1) la situación histórica concreta, 2) la correspondencia entre la organización sociopolítica y los medios de producción, y 3) los ideales de libertad y democracia.<sup>2</sup> Siguiendo tal clasificación, la situación

---

2 “El primer principio [...] alude a la oportunidad histórica, es decir, a la forma de resistencia más eficaz para combatir una forma específica de poder. El segundo principio establece una correspondencia entre las formas cambiantes de resistencia y las transformaciones

histórica concreta de las resistencias en la posmodernidad estaría caracterizada por una serie de acumulación de crisis, algunas de las cuales habrían sido tan profundas que llegarían a fragmentar abismalmente el mundo (de Sousa, 2009; Rifkin, 2010; Esteva, 2012). Entre las fracturas abismales se pueden encontrar: el biopoder y la biopolítica actuales, la ruptura del conocimiento por una voluntad de poder, saber y verdad epistemicida; crisis financieras que han hundido a países en una espiral de endeudamientos y miseria; invasiones militares justificadas bajo el argumento de la guerra preventiva o enmascaradas en simulacros democráticos pero que, en esencia, serían expresiones de un programa con objetivos económicos y políticos bien definidos; terrorismo, narcotráfico, ecodios, esclavitud, migraciones masivas, indocumentalidad, sistemas estatales en los que es cada vez más difícil distinguir dónde termina el ámbito político y dónde comienza el financiero y, sobre todo, la angustia ante la inminente posibilidad de destrucción total, ya sea a través de una guerra de escala planetaria o por la llegada de un momento geocéntrico generado por la explotación desmedida de recursos (aunque en la práctica de las aseguradoras se les inste en llamar «*acts of God*»). Sin embargo, ante el desolador paisaje que han creado todas estas crisis estructurales, acontece, a su vez, un fenómeno de *concienciación global*, no sólo como la unidad virtual de luchas proletarias, como arguyen Hardt & Negri (2002 y 2004), y que tendería a una ciudadanía global, sino más bien como una conciencia ontológica que se reconoce, en primera instancia, como ser-en-el-mundo-globalizado, y que en su intento por romper y acabar con la lógica de dominación y de violencia transforma sus prácticas internas, orientándose hacia la cooperación, el respeto, la diferencia, la procuración del ambiente, la transformación de valores tradicionales del modelo hegemónico y el apoyo solidario: una conciencia construida

---

de la producción económica y social. En otras palabras, en cada época el modelo de resistencia que se revela más eficaz adopta la misma forma que los modelos dominantes de producción económica y social. El tercer principio [...] se refiere simplemente a la democracia y la libertad: cada nueva forma de resistencia apunta a corregir las cualidades no democráticas de las formas anteriores, creando una secuencia de movimientos cada vez más democráticos.” (pp. 95-96). Más adelante dicen al respecto: “El primero, la simple medida de la eficacia en la situación histórica concreta. Cada forma de organización debe aprovechar la oportunidad y la ocasión histórica que ofrece la correlación actual de fuerzas a fin de maximizar su capacidad para resistir, contestar y derribar las formas de poder dominantes. El segundo principio es la necesidad de una forma de organización política y militar que se corresponda con las formas actuales de la producción económica y social. Las formas de los movimientos evolucionan en coordinación con la evolución de las formas económicas. Por último, y más importante, la democracia y libertad actúan constantemente como principios rectores en el desarrollo de formas orgánicas de resistencia.” (pp. 116-117).

empáticamente (Rifkin, 2010), tanto en lo político y económico, como en lo social. En segundo lugar, es una conciencia fuertemente determinada por el auge de las tecnologías electrónicas, un fenómeno de hibridación entre los sujetos y las máquinas (Hardt y Negri, 2002), lo cual no sólo ha transformado las prácticas productivas, sino que también repercute en la manera en la que se relacionan los sujetos y cómo comprenden su condición existencial de ser en lo global y ser sí mismos. Esta hibridación es la que posibilita las nuevas organizaciones sociopolíticas que Negri y Hardt apuntan como el segundo principio rector en los movimientos de resistencia.

En resumidas cuentas, la posmodernidad responde a una condición histórico-ontológica fragmentada en múltiples subjetividades que, sin embargo, desempeñan un papel fundamental para comprender la reconfiguración de las prácticas sociales y culturales en resistencia, y que precisamente desde su carácter fragmentado, se postran frente al poder sistémico como identidades que siguen fracturando esa realidad homogénea a través del trabajo comunitario, no como multiculturalismo ni cosmopolitismo, sino como una multiculturalidad (Lazo, 2010). Las prácticas sociales posmodernas y políticas en resistencia surgen de las rupturas abismales generadas por el sistema hegemónico; es decir, las resistencias y las modificaciones en sus prácticas se producen desde las fracturas que dejan a su paso los terremotos de las crisis sistémicas, como pequeñas burbujas que borbotan entre las grietas y que, en conjunto, conforman la espuma de la resistencia.

Lo que se quiere sostener en este escrito es que hay distintas formas de resistencia. Por ello, se proponen tres tipos: las resistencias cíclicas, las intersticiales y las abismales. Las dos primeras se han tomado del planteamiento que Lazo realiza en su ensayo *Del cataclismo de la revolución a la resistencia permanente* (2010), donde sostiene, en primer lugar, que la resistencia cíclica

*se distingue por ser un acto repetitivo, incluso obsesivo, estacionario, de salvaguarda y aseguramiento de un lugar que se está resistiendo, sea éste simbólico –un discurso sobre la identidad originaria, sobre la pureza de la raza como lugar a defender–, o real –una plaza, una sección de una ciudad en una guerra, último bastión de la resistencia, por ejemplo. (pp. 87-88).*

Este tipo de resistencia sería ineficaz estratégicamente dada la facilidad con la que puede ser ubicable, “panoptizable”, arrinconada en el lugar mismo desde el que resiste, pues su movimiento es repetitivo. Frente a este defecto, la resis-

tencia cíclica posee una cualidad que no puede dejarse desapercibida, la cual se encuentra justamente en su carácter de repetición, pues ello se manifiesta como la memoria histórica de las resistencias. Por ejemplo, las marchas anuales que se realizan por la matanza de estudiantes mexicanos en Tlatelolco en 1968, si bien no poseen una efectividad real en su actuar, el simple hecho de acontecer como manifestación repetitiva mantiene viva la memoria histórica de la resistencia y de las atrocidades que es capaz de cometer el poder, para que no vuelvan a suceder o, al menos, para que no quede en el olvido una injusta tragedia. Las resistencias cíclicas tienen la cualidad, en su rememoración, de moralizar, de brindar esperanza y, sobre todo, de posibilitar un reconocimiento de las distintas resistencias que siguen sucediendo para continuar trabajando conjuntamente.

La resistencia intersticial, por su parte, sería aquella que defiende una “*condición insatisfecha*” que en última instancia lo que reclama es justicia y verdad. No es cíclica, sino “fluyente y sutil”; su estrategia es el desplazamiento desde el interior del sistema, desde sus intersticios, reinventando el sentido de los discursos hegemónicos y el imaginario social, en el que nunca está acabado el reconocimiento, que se sabe en mediación y desde ahí manifiesta sus insatisfacciones (Lazo, 2010). Los intersticios en los que este tipo de resistencias actúan, se puede decir en clave deleuziana, son los *desterritorios* que se reterritorializan desde las prácticas íntimas de los sujetos en resistencia, los cuales se encuentran en codeterminación con su mediación más propia, transformando así sus prácticas, sus ideas, su espacio, su *ethos*. Todo esto confluye en una política cuyo principio es el reconocimiento de la alteridad, que no es representativa, sino gestada desde relaciones directas y simétricas entre los sujetos, y que se opondría al simulacro de política representativa plutócrata que padecen vastas regiones del mundo.

Por último, se quiere proponer lo que se ha denominado como *resistencia abismal*, la cual posee una potencia y resonancia más amplia que una resistencia intersticial, ya que estaría caracterizada por ser una resistencia que acontece en situaciones de grandes fracturas sistémicas que modifican radicalmente el orden sociopolítico, material y existencial de los sujetos. Las resistencias abismales no acontecen en las fisuras ni grietas donde el poder no llega a permearse, sino que su cualidad es sísmica, pues sólo acaecen en el momento mismo de los seísmos sistémicos, sean financieros, políticos, ecológicos, bélicos, etc. La situación en la que acontecen sólo muestra dos vías posibles a seguir: resistir o ser aniquilado. Esta última opción implica tanto



una aniquilación fáctica como simbólica, es decir, una extinción real de la existencia, o, por el contrario, un huir y/o un arrojar a la lógica del sistema e hibridarse con él. En otras palabras, estos movimientos acontecen como resistencias frente al biopoder; defienden no sólo un lugar, una ideología o una condición, sino la vida misma en su totalidad: no sólo la de los individuos, sino también la de la biodiversidad, de las múltiples manifestaciones de vida que cohabitan junto al ser humano. Las resistencias abismales están marcadas por un acontecimiento de ruptura en un tiempo y contexto específico, pero no se constituyen bajo principios revolucionarios, sino bajo el principio de la dignidad, de respeto a la vida en todas sus diversas manifestaciones; se arrojan contra situaciones de sufrimiento, opresión extrema y exterminio. Este tipo de resistencias se confrontan directamente con los tentáculos del biopoder materializados en los corporativos mineros, petroleros, farmacéuticos, alimentarios, narcotraficantes, militares, paramilitares, mercenarios, financieros, educativos, de sanidad, entre muchos otros. Se les confrontan no como guerra bajo la misma lógica imperial, sino como apertura de distintas posibilidades de existencia más allá de los modelos hegemónicos, más allá de los límites del propio sistema, allá, donde se abre el abismo, aunque en muchas ocasiones sea el combate directo el medio último y extremo para poder alcanzar los objetivos. Pero la violencia que podría gestarse en estos movimientos no pretende ser un poder de organización ni principio rector en la episteme de la resistencia. Por tal motivo, la violencia no se ejercería para dominar, sino que es fundamentalmente autodefensiva, tal como aconteció en Michoacán y Guerrero entre el 2012 y el 2013 con los *movimientos de auto-defensa*, pues las armas son sólo un medio para alcanzar fines específicos de protección y resistencia ante situaciones extremas, y cuando éstos se hayan alcanzado, aquéllas se habrán de deponer. Podría decirse que esta violencia es “un vuelco radical a la lógica de la rivalidad” (Mendoza-Álvarez, 2014), que entre sus estruendos se escucha, al unísono, el grito de “¡Ya Basta!”. La violencia no es la senda para construir los mundos autónomos que quieren las resistencias abismales, pero a veces es la única vía para continuar trabajando en el inacabado e inacabable proyecto de la tolerancia, la inclusión y de un nuevo mundo en el que la organización sea a través de la colectividad cooperativa y democrática, guiada por criterios éticos de autonomía y coexistencia no destructiva. Por ello, muchas de las veces estas resistencias se basan en formas culturales tradicionales, muchas otras son paridas de la afirmación de las múltiples identidades que arroja la posmodernidad misma, y otras tantas acaecen de las grietas sistémicas que, acoplándose al inevitable biopoder que progresivamente permea todos los rincones de la existencia, tienen la capa-

ciudad de convertirse en resistencias intersticiales. Finalmente, el ideal por el que abogan puede ser resumido en la consigna zapatista: “un mundo en el que quepan muchos otros mundos”.

## Referencias Bibliográficas:

- Beck, U. (2004). *Poder y contrapoder en la era global. La nueva economía política mundial*. España: Paidós.
- Castillo, Ma. Del P. & Salazar, B. (2003). *Guerra irregular, interacción estratégica y conjeturas: ¿Qué esperan ejércitos y civiles?*, presentado en el Taller *Obstacles to Robust Negotiated Settlements of Civil Conflicts*, realizado por Universidad Javeriana y el Santa Fe Institute en Bogotá, mayo 29-31 2003. Recuperado el 18 de mayo de 2015 en <http://conflictoaprendizaje.univalle.edu.co/Articulos/guerrairregular.pdf>
- Critchley, S. (2010). *La demanda infinita. Ética del compromiso, política de la resistencia*. España: Marbot Ediciones.
- de Sousa Santos, B. (2009). *Una epistemología del sur: la reinención del conocimiento y la emancipación social*. México: CLACSO y Siglo XXI.
- Esteva, G. (2012). *Pensar desde el abismo*. Oaxaca, México: Editado y producido artesanalmente por Palapa Editorial *El Rebozo*, Texto escrito para el II Seminario Internacional de Reflexión y Análisis: Planeta Tierra, movimientos anti-sistémicos, Cideci, Unitierra, Chiapas, Enero de 2012.
- Hardt, M. & Negri, A. (2002). *Imperio*. Argentina: Paidós.
- Hardt, M. & Negri, A. (2004). *Multitud*. Barcelona: Debate.
- Lazo Briones, P. (2010). *Crítica del multiculturalismo, resemantización de la multiculturalidad. Argumentación imaginaria sobre la diversidad cultural*, México: Universidad Iberoamericana y Plaza y Valdés Editores.
- Lazo Briones, P. (2011). Del cataclismo de la revolución a la resistencia permanente. *Utopía y Praxis Latinoamericana*, Venezuela: Universidad de Zulia, Vol. 16, núm. 55, oct.-dic., pp. 77-88.
- Mendoza-Álvarez, C. (2014). Escatología y apocalipsis en tiempos posmodernos. Una mirada desde las víctimas y los justos de la historia. España: *Concilium, Revista internacional de teología*, No. 356, pp. 75-86.
- Muchnik, D. & Garvie, A. (2006). *El derrumbe del humanismo*, Buenos Aires: Edhasa.
- Onfray, M. (2011). *Política del rebelde. Tratado de resistencia e insumisión*, Barcelona: Editorial Anagrama.

Rifkin, J. (2010). *La civilización empática*, México: Paidós.

Schmitt, C. (2009). *El concepto de lo político*, Madrid: Alianza.